

Catedrales de Duelo y Guerras Civiles: los sagrados corazones urbanísticos de la Ciudad Luz y la Atenas Sudamericana

Víctor Guerrero Apráez*

RESUMEN

La presentación que se plantea en los siguientes apartados tiene como propósito establecer las relaciones hasta ahora no exploradas entre dos monumentos arquitectónicos separados casi hasta el infinito desde el punto de vista espacial: la iglesia del Sacre Coeur –referente canónico de la Ciudad Luz y signatura visual de su identidad-, de una parte, y de la otra, la Basílica Menor del Voto Nacional, ubicada en el centro urbano de la Bogotá que alguna vez aspiró a llamarse la Atenas Suramericana, convertida en uno de los símbolos más prototípicos de su índole profundamente católica, devenida casi en un rasgo idiosincrático de la nacionalidad y el talante de los colombianos. Esa lejanía espacial no es empero, más que el velo que ha impedido auscultar los entrañables vínculos que ambas edificaciones religiosas anudan entre sí, tanto por su génesis, coyuntura cronológica, motivación, proceso de construcción, estilo arquitectónico y especialmente, por la refinada estrategia simbólico-visual puesta a punto para conjurar las sendas catástrofes de dos terribles guerras civiles desencadenadas como preámbulo y razón determinantes de su respectiva erección.

Palabras claves: Arquitectura Memorialista, Guerras Civiles, Monumentos

Cathedrals of Grief and Civil Wars: The urban Sacred Hearts of the City of Lights and the South American Athens

ABSTRACT

The following presentation aims to establish unexplored relations between two separate architectural monuments: the Sacre Coeur of Paris – a signal of the City Light and visual symbol of their identity, on the one hand and on the other, the Basilica del Voto Nacional, located in the center of Bogotá, city once aspired to be called the Athens of South America. This church has become one of the symbols most prototypical of the profoundly Colombian Catholic character. This spatial distance is not, however, a barrier preventing us to listening to the intimate links both religious buildings. We see its genesis, chronological situation, motivation, building process, architectural style and especially the refined symbolic strategy -visual overhaul to avert disaster paths of two terrible civil wars triggered as a preamble and determinants of their respective erection reason.

Key-words: Memorialist Architecture, Civil Wars, Monuments

Desde la protesta inextinguible de Antígona contra la negativa de la autoridad a permitir el entierro de su hermano Polinices caído ante las puertas de Tebas en lucha fratricida con Eteocles, la memoria de los muertos de la guerra y los medios empleados para perpetuarla o abolirla ha sido un *topos* en la cultura de Occidente. La erección de monumentos funerarios, el culto de los restos ubicados en los lugares de reposo, y la recordación en cenotafios y sepulcros tuvo siempre un carácter estrictamente individual. Pero fue a partir de la Revolución Francesa cuando el recuerdo de los muertos en los episodios bélicos se democratizó bajo

la forma de monumentos colectivos de recordación. Obeliscos, zócalos, altares, cubos, plazas, fueron los nuevos testimonios arquitectónicos del profundo cambio en la recordación social, extendida ahora a los hijos de la nación en su conjunto, quienes habían ofrendado sus vidas en su defensa. En el centro mismo de ese amplio arsenal de transferencias de sacralidad que las revoluciones burguesas pusieron en juego para auto proveerse de una legitimidad que les era esquiva por su propia radicalidad en la afirmación de nuevos principios, la apelación a dichas formas arquitectónicas fue el gesto de servirse de referentes

* Profesor Facultad de Ciencias Políticas Pontificia Universidad Javeriana –Bogotá-
Email: vquez12@yahoo.com

simbólicos aún más hundidos en el pasado: los obeliscos egipcios traídos por Napoleón como trofeos para conmemorar sus triunfos pasaron a ser también los garantes de la inmortalidad de su recuerdo y el de los hombres percederos bajo su mando.

No deja de ser una singular –y reveladora– convergencia temporal que esta transformación de la arquitectura memorialista se haya visto acompañada del surgimiento de los primeros zoológicos o parques de animales, que a su turno enriquecieron los paisajes urbanos de las grandes capitales europeas. Modulaciones ambas de la biopolítica moderna, salvar de las garras del olvido a quienes los vivos debían su condición presente, fue el gesto correspondiente al avestamiento del orden infrahumano encarnado en las bestias salvajes y exóticas al epicentro mismo de la comunidad nacional¹. Mientras aquellos aludían a la inestable y percedera condición de la vida humana, estos procuraron una llamada a su perennidad simbólica. La novedad y extensión de la irrupción de monumentos de memoria en el paisaje de la época fue de tal intensidad que un historiador como Reinhardt Koselleck ha sostenido que tales construcciones constituyen una “signatura visual” propia de la Modernidad, uno de los emblemas visibles de nuestra contemporaneidad².

Durante el largo siglo de las Revoluciones se erigieron monumentos funerarios de recordación a los caídos en las múltiples contiendas armadas suscitadas entre las naciones, pero también a los héroes populares y anónimos de los levantamientos insurreccionales. Los caídos en la Revolución de Julio de 1830 obtuvieron su respectiva consagración arquitectónica en París y Bruselas, mientras que a sus sucesores en la fallida revolución alemana de 1848 –el Vormärz– las rígidas autoridades germanas les negaron tal pretensión que se limitó a los funcionarios muertos en cumplimiento de su deber. La cuestión de recordar adecuadamente a los muertos en batallas llegó a ocupar un puesto tan destacado en las agendas públicas que alguien como Giraud propuso en Francia la construcción de un cementerio-fábrica donde los huesos de los caídos pudieran convertirse de inmediato en escudos o placas para portarse individualmente, fusionando en un mismo objeto al muerto y su símbolo material de recordación. Al término de la sangrienta Guerra Civil de los Estados Unidos fue autorizada y prohibida por el gobierno del Norte la consagración de camposantos donde las lápidas exhibieran el nombre de los integrantes muertos, pero tal medida no tuvo equivalente entre los caídos de la Confederación del Sur, donde por el contrario se impidió tal procedimiento nemotécnico; ello no fue

óbice para que se erigieran monumentos a generales sureños como Robert Lee y Jackson o que se celebraran aniversarios de batallas que les habían sido favorables. Alemania erigió un sinnúmero de monumentos a los caídos en su Guerra de Unificación de 1866 contra Austria y en la Guerra Franco Prusiana de 1870 que diera nacimiento al Imperio de los Hohenzollern.

La presentación que se plantea en los siguientes apartados tiene como propósito establecer las relaciones hasta ahora no exploradas entre dos monumentos arquitectónicos separados casi hasta el infinito desde el punto de vista espacial: la iglesia del Sacre Coeur –referente canónico de la Ciudad Luz y signatura visual de su identidad–, de una parte, y de la otra, la Basílica Menor del Voto Nacional, ubicada en el centro urbano de la Bogotá que alguna vez aspiró a llamarse la Atenas Suramericana, convertida en uno de los símbolos más prototípicos de su índole profundamente católica, devenida casi en un rasgo idiosincrático de la nacionalidad y el talante de los colombianos. Esa lejanía espacial no es empero, más que el velo que ha impedido auscultar los entrañables vínculos que ambas edificaciones religiosas anudan entre sí, tanto por su génesis, coyuntura cronológica, motivación, proceso de construcción, estilo arquitectónico y especialmente, por la refinada estrategia simbólico-visual puesta a punto para conjurar las sendas catástrofes de dos terribles guerras civiles desencadenadas como preámbulo y razón determinantes de su respectiva erección.

Apelando al símbolo cristiano por excelencia de la victoria sobre la muerte y lo percedero, concretizado o encarnado en el Cristo que vence la condición carnal abandonando la tumba al tercer día de su muerte –proveyendo el suelo doctrinal a la religión de la tumba vacía como llamara Hans Blumenberg al cristianismo–, ambas edificaciones catedralicias realizaron una inédita tentativa por olvidar mediante el recuerdo, por memorizar el olvido a través de conjurar el horror de dos guerras civiles adelantadas en un continuo y brutal proceso de degradación –25000 ejecutados en la semana sangrienta en marzo de 1871 y 100000 muertos tras una contienda fratricida de tres años de 1899 a 1901– mediante una singular conversión icónica: la resurrección como anulación de la insurrección, el vientre pétreo común como nuevo regazo mortuario y el renacimiento metafórico especializado intentado culminarse en las naves interiores, arcos, pechinas, vitrales, frontispicios, ábsides y cúpulas lanzadas al embate del presente y a la conquista de la eternidad inmutable en lo celeste.

Ambos monumentos pretendieron albergar

en su seno unificador e igualitario la abstracción de una unidad rota que debía reinventarse o re imaginarse sobre los rescoldos humeantes de los vencidos, cuya obstinación casi suicida había sido la prueba misma de la imposibilidad de una conjunción última. Sobre ambas frágiles, pero al mismo tiempo poderosas evocaciones metafóricas, las dos naciones se adentraron en el siguiente siglo.

Sólo que la nación sudamericana pese a su consagración como garantía de la paz terminó por arribar al segundo milenio arrastrando consigo la más prolongada guerra civil del hemisferio, y la basílica menor del Voto Nacional en la vecindad urbanística que los azares de la ciudad le depararon, quedó situada al costado norte de la Jefatura de Reclutamiento nacional del Ejército, donde las hornadas de jóvenes han seguido cumplimentando de manera forzada los fuegos de una guerra sin término.

LA COMUNA DE PARÍS Y EL MONUMENTO DEL SACRE COEUR

La proclamación de la Comuna el 18 de marzo de 1871 como un gobierno abiertamente revolucionario en cuya implementación se abolía la propiedad privada y el papel moneda, se elegían nuevas autoridades en cada uno de los *fabourgs* y se desconocía cualquier legitimidad de las autoridades de Versalles, facilitaron a los habitantes de París percibir a estas como aliadas de los alemanes en la común finalidad de destruir esta insurrección democrática, y en consecuencia, traidoras del pueblo en su conjunto³.

El fracaso por desarmar a la Guardia Nacional situada en los suburbios periféricos ordenada por Thiers al ejército francés, cuyos integrantes habían sido en buena parte liberados por los alemanes y su paso autorizado por las autoridades de ocupación prusiana a través de terrenos todavía bajo su dominio, así como la toma de 55 rehenes, incluido el obispo de París, por parte de la Comuna, definieron dos campos abiertamente enemigos, entre los que no cabía mediación alguna, especialmente después de su fusilamiento ante la negativa de proceder a un intercambio por prisioneros en manos del gobierno nacional. Las tentativas por llegar a un acuerdo de liberación a cambio de la puesta en libertad del líder revolucionario Louis Blanqui resultaron infructuosas ante la terminante negativa de Thiers de acceder a la liberación de un prisionero que encarnaba como ninguno el fenómeno de la Comuna.

A ello contribuía no menos la peculiar

circunstancia de que el obispo Monseñor fuera un clérigo poco ortodoxo a quien se acusaba de simpatías heterodoxas y estrechas relaciones con los círculos masónicos, cuya ambigua situación le despojaba del valor simbólico que hubiese tenido de haber sido un clérigo ultramontano partidario incondicional del monarquismo⁴. En todo caso, bajo el cálculo político de Thiers, quien ya contaba con la experiencia derivada del aplastamiento de los artesanos levantados contra la monarquía en 1830, más valía un obispo mártir que uno vivo de dudosa procedencia ideológica. La manifiesta superioridad militar y logística de Versalles aumentada con la desorganización e impericia de la Comuna, hicieron inevitable el ataque armado contra los barrios donde esta tenía su dominio, especialmente Belleville –ocupada pero nunca vencida– y Montmartre. El ejército nacional se encaminaba con una ineluctabilidad trágica a proseguir con un salvajismo desenfadado el ataque iniciado tan solo meses atrás por los alemanes en contra de enemigos extranjeros, pero esta vez en contra de sus propios ciudadanos y compatriotas.

La semana sangrienta –prolongada desde el 22 hasta el 28 de marzo– durante la cual las tropas regulares francesas penetraron barricadas callejeras, plazas y viviendas fueron una campaña sistemática de fusilamiento de hombres, mujeres y niños, durante la cual carromatos de la cruz roja y asilos de indefensos no ofrecieron la menor protección ante la brutalidad de los ejércitos de Versalles. El saldo atroz de la misma fue por lo menos la muerte de entre 25000 a 30000 parisinos acaecida en su mayoría en los dos barrios donde se concentró la resistencia, Belleville y Buttes-Chaumont, y en donde existía una larga y viva tradición de agitación proletaria que contribuyó al elevado número de barricadas que se levantarán con los adoquines de sus calles al igual que los últimos focos de resistencia contra el asalto de las tropas versallescas. Tampoco se trató de una matanza generalizada sino de una masacre deliberada y conscientemente dirigida contra aquellos que tanto la prensa como los políticos monárquicos denominaban la escoria de París, la plebe de la ciudad, donde se juntaban obreros, socialistas, extranjeros, anarquistas, artesanos, tipógrafos, blanquistas, artistas, zapateros, prostitutas, y una variada gama de oficios y ayudantes, incluidos vagabundos y niños. A dicho número deben agregarse los 40000 prisioneros tomados antes y meses después, y la ingente masa de exilados enviados a Cayena, la Isla del Diablo y la Nueva Caledonia donde permanecerían en el ostracismo de ultramar durante cerca de una década.

El enemigo exterior había sido sustituido

plenamente por un enemigo íntimo; mientras que frente a aquel se suscribió un armisticio seguido de un acuerdo de paz, ante ésta solo cupo una campaña de aniquilación total en la que el pánico ante el enemigo interno prevaleció sobre el orgullo nacional; la opinión de las provincias que cultivaba un centenario antagonismo reaccionario contra la disoluta y privilegiada capital, la ideología monárquica de los representantes reunidos en Versalles radicalmente antagónica de las clases populares que se habían tomado el poder y proclamaban la encarnación del ideario republicano y nacional convergieron, sincrética y sinérgicamente para poner en movimiento esta, tan largo tiempo esperada, empresa de aniquilamiento de los parisinos, que no admitía pausa ni contemporización alguna. Los sectores burgueses, ampliamente partidarios del sistema monárquico se vieron envueltos en la trampa de los prusianos y los rojos: “No sé cuál de estos dos males les aterriza más; odiaban a los extranjeros pero temían a los de Belleville –el barrio proletario por excelencia- mucho más”⁵. *La Semana sangrienta* con su inédita carga de destrucción y muerte, carece de parangón en todo el conjunto del siglo XIX europeo, y sucedía en el corazón mismo de la capital de la Ilustración, cuya aspiración había resumido como ninguna otra ciudad en la historia al designarse como Ciudad Luz -tanto por la luminosidad de sus pensadores más notables como por el sistema de iluminación para suprimir las sombras en cuyo vientre podía gestarse el crimen y la sublevación-.

Fue el momento tenebroso de la aniquilación del monstruo de la revolución, cuyo espectro había horrorizado los insomnios de monarcas y diplomáticos como el anciano Metternich, y continuaba haciéndolo con sus sucesores dos generaciones después. Los tintes cósmicos que su significado adquirió para sus contemporáneos pueden resumirse nítidamente en las impresiones dejadas por uno de los cronistas más leídos de su época, si bien fueron numerosas las valoraciones que esta carnicería dejara entre los hombres de letra franceses. Edmund de Goncourt escribió: “Fue bueno que no hubiera ni conciliación ni pacto. La solución fue brutal. La fuerza bruta. La solución ha mantenido apartada a la gente de compromisos cobardes [...] el derramamiento de sangre fue el de una sangre impía; semejante purga al destruir el sector combativo de la población, posterga la próxima revolución una generación entera. La vieja sociedad tiene veinte años de tranquilidad por delante, siempre que los poderes que existan se atrevan a llegar tan lejos como lo han hecho ahora”⁶.

La hondura y gravedad de lo acontecido requirió

la adopción de un monumento público que sirviese como selladura simbólica de la tragedia. En esta atmósfera de derrota y destrucción de una ciudad reducida a cenizas en el curso del asedio prusiano y la feroz contienda civil que la siguiera, la idea de levantar una basílica expiatoria se volvió cada vez más atrayente. En el fondo se trataba de racionalizar y otorgarle algún tipo de sentido a la horrenda carnicería que había tenido lugar. Las corrientes católicas se encontraban preparadas para ello con la tesis del pecado cometido por París, particularmente en sus sectores monárquicos, en cuya alianza y común propósito empezaría a urdirse el entramado que finalmente alumbraría el monumento dedicado a tal función: la basílica del Sagrado Corazón.

Dos destacadas miembros suyos, Legentil y Rohault se pusieron en contacto con el nuevo arzobispo de París, Guibert, paisano del Thiers y sucesor de tres antecesores que habían perecido de manera violenta, quien de inmediato aceptó la iniciativa propuesta de erigir un monumento de tal naturaleza: “Habéis considerado los males del país desde su auténtica perspectiva [...] La conspiración contra Dios y Cristo se ha impuesto en multitud de corazones y, en castigo por una apostasía casi universal, la sociedad se ha visto sometida a los horrores de una guerra que ha conocido la victoria de un extranjero y de otra aún más horrible entre los hijos de un mismo país. Habiéndonos vuelto con nuestra mentira rebeldes contra el Cielo, nuestra desgracia nos ha lanzado a los abismos de la anarquía. La tierra de Francia presenta la terrible imagen de un lugar donde no prevalece el orden, mientras el futuro ofrece nuevos terrores aún por llegar [...] Este templo erigido como contribución y reparación pública se levantará entre nosotros como una protesta contra otros monumentos y obras de arte erigidos para la glorificación del vicio y la impiedad”⁷. Se organizaron peregrinaciones públicas hasta el promontorio de la colina, y pronto, el sucesor de Thiers, nada menos que el mismo general McMahon elegido en mayo de 1873, quien había dirigido el asalto de la ciudad y la acometida contra los insurrectos de la Comuna, tomó el asunto entre sus manos para darle el más decidido de los impulsos, pasando a figurar el proyecto como uno de los prioritarios en la Asamblea Nacional, donde se legalizó la adquisición de los terrenos públicos donde habría de levantarse. La colecta de contribuciones entre los feligreses se adelantó con especial celeridad y éxito, y en junio de 1873 treinta mil peregrinos, entre los que se contaban cincuenta miembros de la Asamblea Nacional, pasaron el día en las alturas de cima de Montmartre, cuyos terrenos fueron finalmente expropiados en virtud de la ley finalmente aprobada

por el cuerpo legislativo. La solemne votación llevada a cabo en medio de una gran expectación arrojó como resultado una clamorosa mayoría a favor del proyecto con 328 votos y 138 en contra⁸.

Dentro de los 78 proyectos arquitectónicos que se presentaron al concurso abierto fue elegido el de Paul Abadie, cuyas imponentes cúpulas y la pureza del mármol previsto, encarnaron a ojos del Comité, el mejor antídoto contra edificaciones mundanas como las de la Ópera Nacional. Abadie era un arquitecto diocesano que había adquirido cierto renombre por la reconstrucción de varias iglesias en el sur del país como la de Périgueux quien no vaciló además en promocionar su ortodoxia en materia de fe y de escribir al propio cardinal Guibert, que se había reservado el derecho a pronunciar el veredicto final sobre la escogencia del proyecto, tornando el jurado compuesto por doce miembros –el número aludía expresamente a los doce apóstoles-, en un simple filtro. El diseño de estilo románico y con algún toque bizantino se oponía de lleno a las preferencias arquitectónicas del gusto a la moda dominado por el gótico y neogótico, de cual era exponente el célebre Violet Le Duc, y fue objeto de duros ataques que calificaron su diseño un minarete frente al cual era necesario emprender una cruzada que impidiera su construcción.

Pero al mismo tiempo un extraordinario significado podía derivarse de esta exótica combinación de lo románico y lo bizantino: una lejana remembranza con la Hagia Sophia de Bizancio, originariamente un templo cristiano que había unificado la Roma occidental y la Roma de oriente, equivalía a una reunificación de los propios creyentes franceses. Francia podía representarse como una María Magdalena arrepenida que postrada de hinojos ofrecía ex voto en una de sus manos la maqueta de la futura Basílica a un compasivo Jesús que acogía a la pecadora. Los diferentes motivos del pecado y la expiación fueron puestos en circulación: Francia como la Magdalena se había extraviado en el pecado de la revolución, el jacobinismo y el deísmo, la crueldad en contra de un monarca inocente, ungido y cuya dinastía real había introducido el culto al sagrado corazón como emblema de la identidad francesa, por lo cual había debido recibir el castigo de una invasión destructora a manos de la Prusia protestante, y ahora debía admitir sus faltas, arrepentirse, ofreciendo para ello el nuevo monumento y su propia conversión. El obispo de Constantina lo sintetizó de esta manera: “el día cuando Francia sea consagrada al Sagrado Corazón de Jesús habrá de ser el día de su renacimiento; trabajamos a favor de la regeneración cristiana a la que nuestra nación

ha sido llamada por designio de la Providencia”⁹.

Era necesario borrar mediante esta obra de expiación los crímenes que han coronado nuestras penas y Francia, que ha sufrido tanto, “debe solicitar la protección y la gracia de Aquel que otorga, de acuerdo con Su voluntad, la derrota o la victoria”¹⁰. La proyectada basílica serviría también para enterrar los nefandos principios de 1789, como lo manifestara algún exaltado periódico católico que fuera censurado por el obispo Guibert empeñado en salvar el significado reconciliador del monumento. La excavación de cimientos pronto reveló la necesidad de construir bases y pilares considerablemente más profundos de los previstos – la colina había suministrado material para ladrillos durante centurias- cuyos mayores costos solo podía sufragarse con la suscripciones públicas, cartas de ahorro en las que la donación del diezmo significa la perforación de una de sus 400 cuadrícula que una vez completados daba derecho a inscripciones y pedidos, así como a estímulos simbólicos como el edicto papal *Adveniat Regnum tuum* que concedía indulgencias durante cien días para quien portara en pecho la imagen del sagrado corazón. Se calcula que los feligreses y devotos contribuyeron con cerca de medio millón de francos al año durante las siguientes dos décadas, constituyendo con ello un incomparable movimiento de apoyo y de financiamiento popular que congregó no solo a los habitantes de París sino de muchas otras ciudades, en especial, de aquellas que más habían sufrido durante la guerra con Prusia¹¹.

Estos ires y venires desataron una encendida oposición en contra del proyecto por parte de los sectores republicanos, uno de cuyos más caracterizados oponentes, fue el propio diputado y antiguo alcalde de Belleville durante la semana sangrienta, Georges Clemenceau, a cuyo alrededor se unieron varios sectores cuyos intentos por revocar la ley de expropiación terminaron siendo infructuosos. La construcción de la basílica del Voto Nacional consagrada al sagrado corazón de Jesús con su poderosa carga simbólica y su insuperada capacidad de otorgar un sentido religioso permitió una catarsis colectiva a una situación de inusitada destrucción y derrota que ningún otro discurso ideológico estaba en capacidad de suministrar. Ello, desde luego, bajo la hábil conducción de unas mayorías políticas decididamente anti republicanas y abiertamente conservadoras.

La guerra de los Mil Días configura la puerta de entrada hacia el siglo XX tanto como la despedida del siglo anterior. Es, de manera indiscutida, el último episodio de la densa centuria d e c i m o n ó n i c a



LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN COLOMBIA Y LA CONSAGRACIÓN DEL PAÍS AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN LA BASÍLICA DEL VOTO NACIONAL

pródiga en confrontaciones civiles armadas en cuyo despliegue se fraguó un precario principio de identidad nacional. En tanto comparte con aquéllas rasgos estructurales, es, al mismo tiempo, un nuevo tipo de guerra que se diferenció de sus antecesoras por la inusitadamente mayor dimensión alcanzada –temporal y geográfica–, los extremos ideológicos revelados y el grado de letalidad demoscópica y verbal exhibida en la renovada construcción de la identidad del enemigo. Corolario y antecedente novedoso, en los extremos de su conducción se jugaron en su desarrollo las opciones políticas difícilmente alcanzadas al final de la centuria antepasada y las consecuencias catastróficas que su desenlace terminó por arrostrar. En su crucial ubicación dentro de las coordenadas históricas que presiden el inconcluso proceso de construcción nacional aparece como una de las claves de nuestra propia comprensión lo mismo que como una suerte de hueco negro que más valdría la penadejar atrás. Aquella página de la historia que debe darse vuelta de manera definitiva y sin apelaciones, por la misma tragedia y el dolor implicados en ella. La más prolijamente memorializada de nuestras contiendas armadas pero al mismo tiempo la que con mayor denuedo buscó olvidarse hasta cuando la proximidad de su centenario conmemorativo hizo volcar de nuevo la atención de los científicos sociales¹². Situada entonces en el punto de cruce de los fuegos de la memoria y las pulsiones del olvido, cada uno con sus respectivas apuestas estratégicas, la presencia

lejana de la Guerra de los Mil Días se actualiza en la persistencia de nuestro conflicto armado irresuelto y negado. Pero en esta especie de bisagra histórico - bélica quizá se oculten algunos de los rasgos que habrán de obseder luego buena parte del transcurso del siglo XX en relación con la comprensión de la guerra, su aceptación, su olvido y su negación.

Habiendo comenzado como un enfrentamiento entre ejércitos más o menos regulares hasta la sangrienta batalla de Palonegro (marzo de 1899), que duró cerca de quince días y acarreó la destrucción del ejército de los liberales alzados en armas, esta se transformó de manera creciente y acelerada en una guerra de guerrillas cuyas acciones ocuparon el país geográfico en su conjunto. Este contexto de guerra prolongada y su acentuación luego del golpe de estado que depuso al presidente Marroquín para en lugar suyo ocupar el solio presidencial José Manuel Marroquín, vendrían a producirse las circunstancias que llevarían al colapso de las tentativas por regularizar la contienda. El punto de inflexión vino dado por la medida gubernamental impuesta para el tratamiento que debía darse a los combatientes caídos en poder del adversario, cuya puesta en práctica acarreó consigo el colapso de la tentativa política, constitucional y legal de regularización iniciada casi media centuria atrás¹³.

El Decreto expedido el 18 de febrero de 1901, mediante el cual se ampliaba la reglamentación previamente expedida por el gobierno algo más de un mes atrás, el 14 de enero, dispuso por vez primera en el contexto de las prácticas de la guerra, la ejecución como pena de muerte a los insurrectos liberales mediante el procedimiento de un sumario consejo de guerra verbal.

Tales disposiciones no significaban en el fondo otra cosa que la implantación de la guerra a muerte, como lo señala Joaquín Tamayo en la obra citada De allí en adelante se dio inicio a una muy particular dinámica en el curso de las acciones armadas, donde coexisten los viejos procedimientos que intentan enmarcarse dentro de los cauces del derecho de gentes y las reglas de la guerra, así como la cumplimentación rigurosa de las disposiciones introducidas por el desde entonces denominado “decreto funesto” que se traducirían en los fusilamientos llevados a cabo en el Panóptico Nacional donde se encontraban detenidos buena parte de los miembros de los ejércitos liberales que habían caído en poder del adversario. Se trata de un verdadero punto de inflexión, y además irretornable, al menos hasta finales del siglo XX, no solo en esta específica contienda sino de todo el decurso del siglo XIX materia de regularización de la guerra, y constituye una vuelta hacia los tiempos en los que Bolívar había proclamado la guerra a muerte contra españoles y canarios en 1813¹³.

El registro de los fusilamientos que se dispusieron en el curso de la contienda da cuenta de numerosas ocasiones en las cuales el procedimiento autorizado por el decreto funesto fue puntualmente cumplimentado: Espinal, Icononzo, Guamo, Garzón, Doima, fueron su escenario.

Como en pocas ocasiones, es posible observar aquí la profunda divergencia que llegó a oponer las orientaciones de los funcionarios civiles que ocupaban cargos importantes en la conducción de las hostilidades en relación con las valoraciones y conductas asumidas por los propios miembros de la alta oficialidad militar. Es hondamente significativo al respecto que las memorias, corresponsalías y testimonios de la época se refieran a la extrema crueldad de los dos altos funcionarios civiles como lo fueran Aristides Fernández y José Joaquín Casas, considerados como aquellos cuya intransigencia habría contribuido a los extremos de crueldad que terminarían por presentarse durante la contienda armada. La orden del ministro de Guerra era la orden del superior a uno de sus subordinados cuyo respaldo legal se encontraba en el citado decreto y tenía su asidero en las diversas comunicaciones que se habían dirigido por parte de los sucesivos ministros de guerra. La extrema disparidad de criterios condujo a que el destinatario de la orden militar procediera no solo a negarse a la ejecución de la orden sino a justificar de manera escrita y en la respuesta que hizo llegar a su superior los motivos de su desobediencia. “He ganado la espada que llevo al cinto combatiendo lealmente en los campos de la batalla; prefiero

romperla sobre mi rodilla que mancharla con sangre mal derramada y la violación de la palabra que en nombre del gobierno he comprometido”.

La guerra de los Mil Días constituyó una catástrofe para un país que no solo perdió un departamento completo viéndose privado de la valiosa posición geoestratégica conformada por la costa panameña sino que se arruinó tanto en vidas como materialmente en una profundidad inimaginable¹⁵. Esta mutilación física y espiritual acarrearía como consecuencia desde entonces la exacerbación de la pulsión nacional por el olvido, cuando no la negación de la guerra por lo intolerablemente traumático de la misma. Pero este es un olvido paradójico y problemático, pues el paisaje urbano de la capital de Colombia experimentó la irrupción de una nueva edificación cuya finalidad y misión no fueron otras que la de sellar a su manera lo ocurrido. Transcurridos más de cien años después de su ocurrencia todavía siguen apareciendo ediciones de memorias de la guerra exhumadas de arcones familiares donde habían permanecido piadosamente ocultas, por lo que aún su cuadro general dista de completarse, y donde no se cuenta con una historia completa de la misma. Para una nación que durante el siglo XIX había experimentado nueve guerras civiles de alcance nacional y una cantidad aún no precisada de guerras de alcance local –se encuentran estimativos entre una docena y 40–, al punto que un reconocido poeta como Porfirio Barba Jacob pudo afirmar que “las guerras civiles son la universidad de los colombianos”, el tema de la contienda bélica se convirtió en algo vedado y hondamente problemático. Dentro de la Pax Conservadora instaurada bajo el quinquenio de Reyes y las tres décadas subsiguientes de dominio político indiscutido de los sectores que habían vencido militarmente en la última contienda finisecular, el país se concibió a sí mismo en un estado de paz perpetua, cuyo símbolo más emblemático vendría a encarnarlo el sagrado corazón de Jesús y la erección del correspondiente templo votivo como símbolo de la instauración pacificadora.

Las condiciones y circunstancias en medio de las cuales se decidió erigir una catedral como símbolo arquitectónico y religioso para asegurar definitivamente el advenimiento de la paz y sellar de manera conclusiva la superación de la división fratricida ofrecen llamativas semejanzas y homologías con el proceso que condujo a la construcción del Sacre Coeur en París. El hecho singular que fuera su promotor principal y apasionado devoto de la empresa arquitectónica el sacerdote Bernardo Herrera Restrepo, un antiguo seminarista educado en París durante la década

anterior al desencadenamiento de la Comuna de París, no arrojaría más que una cercanía cronológica y geográfica. Pero el dato de su biografía que puede resultar realmente iluminador y ampliamente explicativo de los sutiles vasos comunicantes que están en la base de ambas edificaciones es el hecho de que el maestro de quien recibiera su formación teológica no fue otro que el propio arzobispo de París, George Darbois, quien durante la Comuna de París fuera tomado como rehén y fusilado luego del fallido intento de efectuar un intercambio por comuneros prisioneros de las tropas de Versalles. Esta ejecución sumaria, que recibiera una extraordinaria atención de los memorialistas de entonces con la finalidad obvia de desacreditar a los comuneros parisinos y por parte de los historiadores posteriores fue un evento cuya difusión sobrepasó las fronteras europeas. Es indudable que el antiguo discípulo estuvo al tanto del destino trágico de su antiguo maestro al igual que las iniciativas surgidas con posterioridad a la semana trágica. La similitud de las condiciones existentes en ambos contextos posbélicos o posrevolucionarios, acompañada del fervoroso éxito simbólico y urbano obtenido en una París y una Francia renacidas o regeneradas gracias a esta demostración de fe colectiva literalmente materializada en piedra eterna no podía permanecer desconocida u oculta para el constante y dedicado seminarista.

Entre tanto éste se había convertido desde 1891 en el poderoso e influyente Arzobispo de la capital de un país que ostentaba dentro del conjunto de estados latinoamericanos el Concordato eclesiástico más favorable a la iglesia católica y el papado romano, y en el cual se había instaurado una quincena de años atrás un régimen fanáticamente confesional, férreamente centralista y comprometido hasta la médula con un ambicioso proyecto de regeneración del alma nacional. Este estado de cosas había sido puesto en cuestión y desafiado por el levantamiento de los revolucionarios liberales y al inicio del siglo Bernardo Herrera Restrepo era el arzobispo providencial para dar adelantar la magna la empresa simbólica y arquitectónica.

En los agitados días previos al levantamiento armado como representante y vocero autorizado de la postura eclesial el arzobispo bogotano había sostenido una interesante polémica con uno de los líderes del liberalismo, Rafael Uribe Uribe, sobre la cuestión entonces lancinante de la incompatibilidad o imposibilidad entre catolicismo y liberalismo; mientras el dirigente liberal había sostenido la perfecta posibilidad de tal combinación, Herrera Restrepo sostuvo lo siguiente en diciembre de 1898: “se explica

que los padre de familia sean liberales, pero las madres, las mismísimas madres ¡He ahí el insondable misterio del liberalismo. Se explica que el hombre llegue a ciertos extremos irreligiosos; pero que la mujer que es naturalmente religiosa, que la mujer católica, que la madre católica llegue a ese extremo, solamente en los misteriosos secretos del liberalismo puede estar la explicación de un fenómeno tan aterrador;”¹⁶”.

A su condición de doctrinario acérrimo se sumaba su personal cercanía y devoción por la simbología del sagrado corazón de Jesús, que ya había sido objeto de instalación y desarrollo en suelo colombiano¹⁷. Al menos desde 1865 se había fundado la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús como un apostolado de oración y esta se dotó de un órgano de difusión denominado “El mensajero del Corazón de Jesús” del que Herrera Restrepo fuera su temporal director. Su hábil manejo de las relaciones públicas y de los medios impresos lo llevaron a la redacción de numerosas pastorales en las que tocó asuntos de la vida nacional y defendió puntos de fe. En el año del comienzo de la guerra expidió una pastoral dedicada al tema de la soberanía social de Jesucristo y en medio de los estertores de la misma se dirigió el presidente Marroquín para proponerle la idea seminal del levantamiento de una catedral que consagrara la nación colombiana al símbolo del sagrado corazón. La ley 26 de 1899 rindió homenaje a Jesucristo y dispuso la erección de un monumento en su honor. Su artículo 1º dispuso: “La República de Colombia al terminar el siglo en que comenzó su vida de nación libre y soberana, cumple el deber de reconocer de una manera explícita la divina autoridad de Jesucristo y de agradecerle los beneficios que de él ha recibido.”

El mismo cuerpo ministerial que dirigiera la guerra fue el encargado de firmar el decreto por el cual se dispuso la construcción de la Catedral del Voto Nacional, y Herrera Restrepo escogió a Julián Lombana, quien se convertiría después en un destacado arquitecto cuya conducción se hicieron edificaciones tan características como la iglesia neogótica de Lourdes, el antiguo banco de la república y el teatro Maldonado, predecesor del actual teatro Colón.

Con su sólida fachada principal tocada punteada de columnatas corintias y símbolos nacionales – escudo patrio con su cóndor custodiándolo-, obispos mitrados y santos repartidos en los vértices, su extremo delantero en lo alto ostenta un hierático Jesús portando el madero de la crucifixión mientras su diestra se extiende hacia el costado oriental de la ciudad en perpetuo saludo al amanecer suscitado



Fachada de la Basílica Menor del Voto Nacional/ Bogotá (2012)

por su conjuro, y despedida confiada a las sombras de la noche; bajo sus pies se encuentran los cuatro relojes orientados hacia cada punto cardinal (el del costado occidental ha sido removido). En su frente se encuentra tallada en piedra la inscripción latina “obpacem inter omnes restitutam” cuya solemnidad indica el alto fin perseguido en su conjunto.

La cúpula posterior –el espolón de este navío intemporal- se eleva con vertiginosa verticalidad en un prodigioso elevamiento tubular en cuyo extremo se encuentra la custodia portadora del corazón inmortal destacándose por encima de la fachada y de las edificaciones vecinas gracias a su superior altura. Cuatro cabezas de jóvenes ángeles adornan la apoyatura que le sirve de base y una corona floral prelude en el tramo superior el corazón aéreo. Por su altura y límpida proyección hacia las alturas quizá sea el elemento arquitectónico más destacable.

En su interior la cúpula pletórica de vitrales en llamas rojas y azules semeja un torbellino de colores, a modo de una escala ascensional de los insurrectos en trance de resurrección. El vértice-centro arquitectónico y visual al interior de la cúpula ostenta allí un níveo corazón que resume las simbologías interiores, en especial el Cristo coronado en el altar principal soportado por ángeles y angelillos volantes tras cuya efigie un círculo rodeado de 16

rayos repunta la majestuosidad del redentor terrestre.

La construcción se encuentra localizada a modo de centro desde el cual irradian y en el que convergen las iglesias circundantes. El corazón simbólico se corresponde exactamente con un corazón urbanístico. Las vecinas iglesias de Egipto, Los Mártires, la Catedral Primada y la Iglesia de Belén se encuentran en los extremos del arco que conforman a su alrededor. Ubicada estratégicamente a pocas cuadras de la plaza de Bolívar en el epicentro de la ciudad la catedral se convirtió durante la Hegemonía conservadora que duraría hasta 1930 en el centro gravitacional de una mezcla de ritos cívico –religiosos que iban desde procesiones del palacio presidencial para celebrar los aniversarios del inicio de su construcción, pasando por caminatas de los recién posesionados presidentes desde la casa de gobierno, hasta peregrinaciones desde diversos barrios de la ciudad e iglesias vecinas cuyo término era la llegada hasta la basílica y la renovación simbólica de la consagración.

En su interior, la nave principal ostenta en los ocho arcos laterales la inscripción de PAX en letras doradas sobre fondo rojo, que se replica en los arcos de enfrente completando con ello catorce advocaciones y en las naves laterales cada uno de los arcos lleva impreso el nombre de las diferentes ciudades representativas de las diversas regiones del país que



Obelisco de 1878 erigido a los caídos de la guerra civil del año anterior por el presidente y general Julián Trujillo situado frente a la Basílica del Voto Nacional

se consagraban a su turno de manera individual al sagrado corazón. En una cuidadosa simetría da cada una de los arcos laterales con su respectivo opuesto, la villa del Socorro –protegida por San Odilón de Cluny y consagrada al Jesús Resucitado – se contrapone al frente suyo con la ciudad de Tunja –donde San Anselmo y el Jesús Crucificado desempeñan la misma función-. En simétrica sucesión las ciudades de Manizales, Garzón, Ibagué, el departamento de Antioquia, Pasto, Pamplona, Cali, Jericó, Santa Marta, Popayán, Cartagena, Panamá (desmembrada del territorio nacional al año siguiente del inicio de la construcción de la iglesia), y por último la institución de la Policía Nacional (puesta a punto bajo el régimen conservador) se encuentran igualmente todas ellas consagradas. El nombre de cada una de las ciudades por su parte se corresponde con el santo representado en cada uno de los vitrales de los tragaluces laterales desde donde recibe una iluminación adicional y las virtudes correspondientes del santo respectivo.

En el curso de los años diversas instituciones como la Policía y el Ejército Nacionales han sido cada uno de ellos en su respectiva ceremonia y placa conmemorativa consagrados al corazón de Jesús.

En la actualidad en el costado sur de la basílica

del Voto Nacional funciona la antigua Escuela nacional de Medicina –con su elegante estilo neoclásico- que en desde hace algunos años alberga la oficina de reclutamiento nacional del Ejército, proveyendo periódicamente los contingentes de jóvenes provenientes en su mayoría de familias pobres que alimentan la guerra civil más antigua del hemisferio. Su vecindad espacial simboliza de la mejor manera la coexistencia de la promesa de la paz nunca advenida y la celebración jubilaria que el obelisco levantado al término de la guerra civil de 1876-77 con su inscripción “Dulce et decorum est pro patria mori” imparte como bienvenida heroica a la guerra civil nunca superada desde entonces.

En junio de 1899 consagró el género humano al sagrado corazón de Jesús, por lo cual la basílica de Bogotá no hizo sino confirmar la orientación doctrinaria. En 1920 celebrando 35 años de dominio del régimen conservador se convocó y adelantó una fervorosa cruzada eucarística en sus instalaciones. Siete años después se celebró la conmemoración de las bodas de plata de las nupcias celebradas entre el país y el símbolo sagrado. En octubre de ese mismo año, el último presidente de la hegemonía conservadora, Miguel Abadía Méndez renovó el voto acompañado de una verdadera multitud de 20000 personas



Placa consagratória de la Fuerza Pública colombiana en su interior



Modelo en mármol del Sagrado Corazón

“hombres” señalan los registros parroquiales). Instalado en el poder a partir de 1930, el liberalismo no pudo sustraerse a la arrolladora eficacia simbólica de la basílica y celebró allí mismo el trigésimo centenario de la muerte y resurrección de Jesucristo. Reinstalado en poder el partido conservador en 1946 e inmerso en una nueva guerra civil cuyo saldo fatal serían otros 200000 muertos, el presidente Ospina Pérez, renovó en 1947 la consagración del voto nacional.

Hoy la basílica amenaza ruina y ha convocado una campaña para recaudar los fondos necesarios para su restauración. Los feligreses, si bien escasos en los oficios de misa salvo los domingos, continúan asistiendo a las celebraciones de su párroco. Un reciente programa de la televisión pública realizó una serie sobre los motivos más emblemáticos del alma y el ser colombianos, titulada “Los criollos”. En ella se incluyeron indumentarias, platos típicos, adminículos de uso común. Uno de sus capítulos se dedicó al sagrado corazón de Jesús en la Basílica Menor del Voto Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

BERGQUIST, Charles. *Café y Conflicto en Colombia 1886-1910 La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*, El Áncora Editores, Bogotá 1999.

BROWN, Frederick. *For the Soul of France: Culture Wars in the Age of Dreyfus*, Simon Schuster, New York, 2009.

DERRIDA, Jacques. *La Bete et le Souverain*, Editions Galille, Paris 2009.

HARVEY, David. *París Capital de la Modernidad*, Editorial Akal, Madrid, 2001.

KOSELLECK, Reinhardt. *Kriegerdenkmale als Identitätsstiftungen der Überlebenden, in. Poetik und Hermeneutik VIII Identität, .Herausgegeben von Odo Marquard und Karlheinz Stierle*, Wilhem Fink Verlag, 1996.

RAYMOND, Jonas A. *France and the Cult of Sacred Heart: An Epic Tale for Modern Times*, Univesity of California Press, 2000.

THIBAUT, Clement. *Las Repúblicas en Armas*, Capítulo II, Editorial Planeta, 2001.

TOMBS, Robert. *The Wars against Paris, in: On the Road to Total War, Stieg Forster and Jorg Nagler*, Cambridge University Press, 2002.

NOTAS

1 Jacques Derrida, *La Bete et le Souverain*, pp. 278 ss. Editions Galille, Paris 2009.

2Reinhardt Koselleck, *Kriegerdenkmale als Identitätsstiftungen der Überlebenden, en Poetik und Hermeneutik VIII Identität*, p. 85.Herausgegeben von Odo Marquard und Karlheinz Stierle, Wilhem Fink Verlag 1996.

3 Robert Tombs, *The Wars against Paris*, pp.552-556, en *On the Road to Total War*, Stieg Forster and Jorg Nagler, Cambridge University Press, 2002.

4 Frederick Brown, *For the Soul of France: Culture Wars in the Age of Dreyfus*, capítulo 1, Simon Schuster, New York, 2009

5 David Harvey, *París Capital de la Modernidad* p. 407, Editorial Akal, Madrid, 2001.

6 G.Becker, *Paris under Siege, 1870-1871. From the Goncourt Journal*, p. 312, citado en David Harvey, *París, Capital de la Modernidad*, p. 421, Editorial Akal, 2008.

7 Harvey, David, p. 424 citando literalmente de H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basiliuqe du Sacré-Coeur*, vol. I, p.27.

8 Raymond Anthony Jonas, *France and the Cult of Sacred Heart: An Epic Tale for Modern Times*, p. 185, Univesity of California Press, 2000.

9 Jonas, ibídem, p. 200.

10 Harvey, Ibídem, p. 426 y 88.

11 Jonas, Ibídem, p.201.

12 Con ocasión del centenario de la conclusión de la Guerra de los Mil Días se publicó *Memoria de un País en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*, editado por Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera. Editorial Planeta 2001

13 Charles Bergquist *Café y Conflicto en Colombia 1886-1910 La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*, pág. 209. El Áncora Editores, Bogotá 1999. Quizá sea Bergquist el autor que con mayor claridad ha destacado la importancia de este episodio.

14 Clement Thibaut, *Las Repúblicas en Armas*,

Capítulo II, pp. 107 – 148, Editorial Planeta, 2001.

15 La letalidad de la contienda civil y su devastación poblacional han sido objeto de muy discrepantes valoraciones por memorialistas e historiadores, tanto recientes como de antaño. Entre los partidarios del minimalismo se encuentra Marco Palacios quien en *¿De quién es la tierra?* (2011) sostiene que atribuirle grandes cifras es parte de la leyenda patria; entre los realistas puede citarse a James Henderson en *Víctima de la Globalización* (2012) quien afirma una letalidad del 2.5% de la población de entonces, equiparable por lo menos a la ocasionada por la guerra civil norteamericana.

16 *Carta de Bernardo Herrera Restrepo a Rafael Uribe Uribe*, Escuela Tipográfica Salesiana 1899.

17 Una consideración más amplia del culto al sagrado corazón en los países latinoamericanos a partir de la independencia está pendiente de hacerse, pero son notorias las sendas consagraciones que dictadores como García Moreno en Ecuador y Onganía en Argentina hicieron de sus respectivos países a dicho símbolo religioso para asegurar su posición o para intentar suplir déficits de legitimación.